

Amonestaciones

A pesar de que nos habíamos mudado de barrio, me siguieron mandando al mismo colegio donde había arrancado el jardín de infantes hasta séptimo grado. Un micro naranja me venía a buscar todas las mañana y ya cerca de terminar séptimo no me aguantaba la idea de transitar ese viaje rodeado de mocosos mas pendejos que yo. Creo que mamá lo hizo para que no sufriera con el cambio, que por lo menos pudiera seguir conservando los mismos amigos. Me banqué esa hora de ida y esa hora de vuelta durante todo el año, hasta que le supliqué al viejo que me cambiara de colegio.

En casa hubo una reunión cumbre entre mis señores padres donde unilateralmente se decidió que debía ir al colegio de los curas que quedaba a solo cinco cuadras de casa. No me pidieron opinión, aunque me expusieron sus argumentos de manera civilizada.

—Lo bueno que vas a poder ir caminando —arrancó papá mientras me imaginaba esos mediodías de treinta y cinco grados bajo el rayo del sol con mi mochila auestas.

—Y los curas, no solo te van a dar una buena educación, sino que además te van a marcar para siempre los valores cristianos —siguió mi vieja, que como sabrán, era una chupacirios al igual que mi viejo. Esa parte de la explicación me jodió más que la idea de morirme insolado retornando de la escuela.

Pero cómo por esos tiempos, la democracia era una mala palabra y la opinión de los hijos no contaba, sin chistar me pusieron el *blazer* con el escudo de la congregación, y me mandaron como una encomienda sin estampilla a mi nuevo centro de estudio, el nunca mejor ponderado colegio San Rafael.

El primer día llegué con mamá, y eso me sumó otra cuota de vergüenza. Al entrar todos me miraban y yo los veía a ellos, mis nuevos

compañeritos, con mucha desconfianza. Solo Claudio, el hijo del mecánico, el gallego y el Piono se acercaron a saludarme. Yo me acomodé en la segunda fila de bancos, creía que era una buena forma de pasar desapercibido. La primera clase la tuvimos con la profe de literatura, la Werna. Así le decían, o algo parecido, me habían chusmeado que era más brava que los soldados de la Gestapo. Al minuto de presentarse nos dijo “Saquen una hoja” y nos tiró un delirio como disparador para que escribiéramos una composición. Juro que no sé que fue lo que escribí, pero entregué la hoja llena de palabras concatenadas de un texto que seguramente hoy me avergonzaría.

Exhausto, salí al recreo y sentí que estaba en el patio de un correccional, nada distinto que Alcatraz. Los grandes miraban a los más chicos de manera amenazante, los chicos se juntaban en grupitos cerrados y yo estaba esperando que alguien en cualquier momento me clavase una navaja por la espalda. Tenía que hacer algo, lo había visto en las películas, si te quedas mosca sos boleta, tenía que hacer algo para hacerme notar, para llamar la atención de todos y hacerme respetar.

Entré al aula un rato antes, agarré el borrador que estaba lleno de polvo de tiza y lo refregué en la silla del profesor. Acomodé la silla contra el escritorio y salí tranquilo del aula para disimular. Luego del timbre volvimos cada uno a sus asientos. De pronto entra el cura Jorge, como una tromba, apoya su libro de historia, corre la silla y se sienta para empezar a explicar cómo eran las sociedades originarias y la influencia europea. Se paró de golpe y empezó a dibujar un cuadro sinóptico. El culo totalmente blanco, impreso en la sotana negra hizo que toda la clase estallara en una carcajada monumental. Se me escapaban las lágrimas de la risa y me había puesto colorado como un tomate, algo natural en mí. El cura Jorge se dio vuelta hecho una furia. Creo que un oreja que nunca falta de la primera fila, le dijo que tenía sucio el trasero. Al cura no le costó nada darse cuenta quien había

sido el culpable. Yo me vendía solo con mi cara hecha un fuego. Sin darme tregua me mandó a la dirección.

En el pasillo no había nadie, solo un banco desde donde podía ver fotos de las promociones anteriores. Debía quedarme sentado ahí esperando que alguien se dignara a hacerme pasar para infringir el castigo totalmente merecido. Nada me importaba, yo conocía que los correctivos en la secundaria se medían en partes de amonestaciones, sabía que no podrían superar las veinticinco sino te dejaban libre. Mi delito no había sido tan grave como para que me diera más que una o tal vez dos, pero como soy un manihero empecé a pensar y pensar.

Mi bocho estallaba de supuestos. ¿Cómo lo tomaría mi viejo? ¿Cómo se iba a calentar mamá cuando le llevara la noticia? ¿Y si el hermano Jorge quería dar una señal ejemplificadora y me metía veinte cinco amonestaciones? ¿Y si me echaban y volvía a mi antiguo colegio en el micro colorado?

Fueron cuarenta y cinco minutos de sufrimiento en ese duro banco, fueron los cuarenta y cinco minutos más largos de mi vida. Solo quería hablar con el cura, pedirle perdón, necesitaba decirle que no volvería a hacerlo nunca más, que prometía ser un chico bueno hasta mi último día en el que me dieran el título de perito mercantil.

El cura Jorge se apareció al final del pasillo, con el gordo Román, el director. Me hicieron pasar a la dirección. El cura Jorge, relató con lujo de detalles la cagada que me había mandado. El cura Román, abrió un cajón y sacó un talonario, arrancó una hoja y se puso a escribir. Un escalofrío recorrió mi espalda. ¡Estaba frito! Con cara de malo, me entregó el papel que tenía una nota que decía.

“Mañana, alumno Vignera, traiga dos docenas de medialunas de manteca de la confitería de Beiró y Lope de Vega y caso cerrado. La próxima que se haga el vivo tendrá dos docenas de amonestaciones”.

Me reí y les agradecí. Esa tarde junté algunos ahorros para poder pagar mi fianza y cumplir con mi promesa. Desde ese momento supe que pasar desapercibido muchas veces es un buen negocio.